

B.—Criterio constituyente

Vista la definicion, no de lo que es, sino de lo que debe ser por su naturaleza una especialidad profesional, científica ó artística, pues la definicion comprende entrambas especies, basta particularizar los términos del enunciado diciendo:

La especialidad médica es la aplicacion de toda la Medicina á un ramo particular de su práctica.

Y hénos aquí en nuestro terreno limitado y concreto.

A.—CONDICIONES ORGÁNICAS

En su virtud, las condiciones orgánicas para la constitucion de una especialidad son tan imponentes para admitidas como sencillas para formuladas.

Analicemos.

“Aplicacion de *toda* la Medicina,,.

1.º Por “*toda* la Medicina,, debe entenderse su tronco y sus raíces inmediatas, las cuales son *hoy* toda la Enciclopedia positiva, como fueron *ayer* toda la Filosofía especulativa.

2.º *Toda* la Medicina comprende, por divisiones primarias, lo *general*, lo *particular*, lo *teórico* y lo *práctico*.

Es así, que al elegir especialidad, no intentamos llevarnos de lo particular más que *un* particular, y de lo práctico más que *una* práctica: luego, á pesar de esta eliminacion, subsiste en pie la pavorosa *tetralogía* de lo general, lo particular, lo teórico y lo práctico, que constituyen *toda* la Medicina; la cual, por lo mismo que va á ser aplicada, debe ser conocida.

Y aquí sí que no cabe tercer término, ni lógico, ni moral: ó merecer la honra envuelta en la definicion, ó renunciar al provecho con que el especialismo brinda. En otros términos: ó profesor por esta definicion, ú operario por la opuesta.

Para conciliar en este punto los intereses y las aspiraciones, tanto de los *Pantiatras* ó médicos generales, como de los *Me-*

riatras ó médicos especialistas, con los sacratísimos intereses de la sociedad, hé aquí la verdadera solución propuesta por mí en el precitado discurso (1):

“Todo se reduce á que hoy día la educación general del médico está basada en los mismos novísimos principios que la educación especial. Así, en punto á medios y procedimientos exploratorios, ó de diagnóstico intuitivo, todos los alumnos sin distinción deben conocerlos y dominarlos desde el curso de Patología y Clínica generales; de suerte que todo médico debe ser capaz de llevar á cabo toda especie de diagnósticos, independientemente de su genial capacidad, por no ser ésta una cuestión de genio, sino de voluntad, ó sea de aplicación y ejercicio. Por lo que dice á las operaciones en general, hoy todo alumno de Medicina puede y debe, por lo menos, saber practicar bien las principales de urgencia. Ahora, en lo tocante á los demás extremos clínicos del orden material, importa fijarse bien en los grandes recursos que al médico general ofrecen las mismas especialidades, como fuentes de educación, y deducir de esta posibilidad la nueva obligación en que entran todos los licenciados al salir de la Facultad madre: la obligación de invertir en estudios especiales libres el tiempo equivalente al de abreviación legal del período de la licenciatura. En este punto, la experiencia me autoriza á asegurar que, en uno ó dos años de perseverante asistencia á la consulta pública ó á la visita de hospital de los principales especialistas residentes en un importante centro de población, nacional ó extranjero, repartiendo el total tiempo en períodos bi- ó trimestrales, puede un jóven recién salido de las aulas adquirir aptitud y destreza bastantes para ocurrir con éxito á las variadas exigencias de la práctica ordinaria. Todo se reduce á considerar que el tiempo rebajado por la ley para la licenciatura, hay que invertirle en estudios libres ó voluntarios de *Polyclinica meriátrica*. El licenciado ó doctor formado por este sistema resulta, no sólo un buen médico ge-

(1) *Disc. recep. R. Acad.*, págs. 23-26.

neral, sino el mejor que los tiempos han visto, y es, además, muy estimado de los especialistas, porque en él hallan un discreto y celoso indicador de los casos extraordinarios trasferibles, y un competente auxiliar para la dirección de aquellos otros cuya trasferencia clínica resulta, por motivos de lugar y tiempo, de todo punto imposible. En cambio, el campo de la Pantiatría, cultivado de esta suerte, según las nuevas exigencias, es el vivero de donde han de salir los mejores, digo mal, los únicos buenos y cabales meriattras: que no nace el buen especialista entrando de cadete, sino de soldado raso; ni se averigua la propia vocación por las meras solicitudes de una afición sentida, sino por la sujeción de las propias reales aptitudes al infalible reactivo de una general experimentación de ellas.,

B.—CONDICIONES MATERIALES

Y la materia de la especialidad, ¿con qué criterio la escogemos? ¿Podremos elegirla arbitrariamente? No. ¿Cuáles son, pues, entonces las condiciones materiales de la especialidad médica?

Tres criterios de partición de la Medicina se nos presentan al ir á contestar á esta pregunta: 1.º, el *anatómico*; 2.º el *nosológico*, y 3.º, el *terapéutico*.

Y para que no se crea pasión en mí el comenzar este examen por la especialidad académica que durante tantos años he profesado, voy antes á examinar el valor de los criterios segundo y tercero.

1.—Criterio nosológico

Muchos son los prácticos que profesan una especialidad de base nosológica; empero si se examina la gráfica histórica de estas especialidades, se verá que van en decadencia, y tanto, que ya llegan á las bajas regiones de la curandería. Así es que, aun sin ahondar en la crítica, y aparte la subsistencia de alguna que otra, como la sifilografía, sostenida por lo caracterizada que

suele ser (no que es siempre) la índole del mal, el resultado es que, al solo anuncio de un especialista de la enfermedad tal ó cual, no puede uno contener la risa.

¿Y por qué? Porque como no es el médico quien corre en busca del enfermo, sino que es éste quien solicita á aquél, y para elegir certeramente un especialista *nosólogo* se hace indispensable que antes el enfermo haya diagnosticado su enfermedad, no hay modo hábil de conformidad de relaciones estable entre un público que no sabe diagnosticar y un médico que le aguarda á que comparezca con el diagnóstico hecho.

En el fondo de esta relacion siempre queda, ó algo de charlatanismo del médico, ó algo de insensatez y ligereza del cliente..... y en este particular no nos forjemos ilusiones: siempre las clientelas ligeras é insensatas han sido, son y serán pasto de curanderos. Bajo tal pié, que presupone fácil en el ignorante nada menos que el diagnóstico, que es lo más difícil del ejercicio de la facultad, ni hay pasado respetable, ni presente seguro, ni porvenir halagüeño.

2.—Criterio terapéutico

El criterio terapéutico, como origen de especialidad, todavía se me aparece más desairado. Si la hidroterapia, la electroterapia, la aereoterapia y alguna que otra de índole operatoria, como la ovariectomía, etc., han podido modernamente ser y subsistir con verdadero lustre, débese esto en parte á que la dificultad técnica del mecanismo, ó la falta de difusión de la práctica por causa de su novedad, ó la imposibilidad del transporte, como sucede con la especialidad de aguas minerales, y en todo un tanto de moda, favorecen su existencia. Fuera de esto, si es ridículo esperar que el enfermo diagnostique su mal antes de elegir médico que se lo cure, la especialización del remedio es á su vez, más aún que ridícula, ocasionada al abuso de la *monoterapia*, á la tendencia á convertir en panacea universal el re-

medio objeto de especialismo, por poco que el médico y el enfermo claudiquen en sus respectivas situaciones.

El postulado natural del enfermo es: “vengo á saber qué mal padezco, y á que V. me lo cure,;” y en ningun modo, “vengo á que me cure V. la afeccion *tal*;,” ni ménos aún, “vengo á saber si me conviene el remedio que V. aplica,;” postulados á todas luces impropios, pequeños y ridículos.

Lo que sí podrá suceder, á la hora menos pensada, es que un día la materia imponderable ó alguna de sus capitales manifestaciones (electricidad, calor, etc.), venga de lleno á sustituir con ventaja la actual *Materia médica*, cambiando la *Polytherapia* en *Monotherapia*. En este inefable supuesto, el advenimiento de la *Dynamotherapia*, de la cura sin propinacion de cuerpos extraños, trocaría pronto la primitiva Especialidad terapéutica en Terapéutica única general y definitiva.

Así se trocara en profecía esta imaginacion del buen deseo!

3.—Criterio anatómico

En vista de todo esto, no hay para qué decir hasta qué punto el único criterio admisible para la clasificacion de las especialidades es el *criterio anatómico*: 1.º, porque todo el mundo sabe bien dónde le duele (y hasta es refrán); 2.º, porque deja libres al médico el diagnóstico y la terapéutica; 3.º, porque es fácil especializar la habilidad, tanto organoscópica á los fines diagnósticos, cuanto operatoria á los fines terapéuticos; 4.º, porque constituido en toda regla un especialista, si por su educacion halla en lo *general* la fuente de conocimiento y dominio de la *localizacion de una enfermedad general*, halla en lo *particular*, por su pericia sobre el *lugar anatómico* de su especial cultivo, la fuente de conocimiento y dominio de las perturbaciones locales; 5.º, porque es el único que empalma bien con la bifurcacion primitiva, esencialmente anatómica, de la profesion en *Medicina* y *Cirugia*; y 6.º y último, porque los adelantos analíticos, reduciendo de dia en dia las enfermedades

antes tenidas por *morbi sine re* á localizaciones patológicas, garantizan á este criterio anatómico una marcha perfectamente conforme con la de la fisiología experimental.

No se dirá, pues, que me ciega la pasión por la Anatomía, ya que ella sola y con tal facilidad se gana el litigio.

C.—Formas finales

No todo el fin de las Facultades mayores se resuelve en la práctica de los servicios sociales *directos*: no. La finalidad facultativa, ó profesional en general, se bifurca, dando una rama á la *práctica privada* y otra á la *práctica docente*. Es obvio que la perfeccion médica consiste en simultanear bien entrelazadamente ambas finalidades, y en este supuesto, todo catedrático debiera estar, no sólo autorizado, sino obligado á *ejercer*, ya en la ciudad, ya en la clínica, mientras que de otra parte es muy meritorio que los profesores de especialidad clínica no desperdicien ocasion de realizar, ya en la cátedra, ya en el libro ó la revista, actos de especialidad docente.

Inútil será advertir que la finalidad de las especialidades, como quiera que no es en sí más que una forma, no una division material del ejercicio del profesorado, admite á su vez el ser dividida en especialidades.

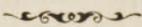
Esto nos conduce á una última consideracion importantísima. La especializacion de las profesiones no implica la muerte de *lo general*, ni teórica, ni prácticamente considerado, bien así como la ramificacion vegetativa no supone la muerte del tronco del árbol, sino, antes al contrario, su proporcional robustecimiento.

Quiero decir con esto, que cuanto más se acentúe la vida de las especialidades, más necesario se irá haciendo, sobre todo en los grandes centros, el tipo del profesor general, del espíritu sintético que, con una extraordinaria fuerza de inteligencia y genio, abarque virtualmente en sus adentros toda la enciclopedia teórico-práctica de su tiempo. En la cátedra y la prensa ese tipo forma el gran maestro que derrama vivificantes resplando-

res por todas las esferas de los conocimientos especiales, y con la propia claridad con que las ilumina, las ve y comprende todas. En la ciudad, ese tipo constituye el *supremo consultor*, el auditor, por decirlo así, de *casacion* para todos los casos árduos, por especiales que sean, y cuanto más especiales más, puesto que lo árduo en tales momentos suele originarse de alguna *omision* cometida en la reduccion de lo especial á lo general, y éste es precisamente el fuerte de los espíritus dotados de genio sintético, cuando han sabido robustecerlo en los gimnasios de la observacion y la experiencia de su tiempo.

He aquí á grandes brochazos, como de pintura escenográfica, las principales masas, los golpes de luz y sombra de primer orden y la orgánica arquitectura de las especialidades en general y de las médicas en particular; de las cuales son bifurcacion de primer grado, histórica y categóricamente consideradas, las dos Patologías, la interna ó médica y la externa ó quirúrgica, cuyas prácticas deben formar la continuacion y la aplicacion académica de lo que, con tan desataviado estilo como cuidadosa reflexion, acabo en este libro de exponer á la consideracion de mis comprofesores.

EPÍLOGO



Desatenta costumbre me ha parecido siempre, que donde se entra con salutacion, se salga sin despedida. Malo fuera, aunque no se estilaran prólogos, que los libros acabasen, como suelen, en seco, allí donde se deja desmenuzado por el último párrafo del último capítulo, aquella particularidad del asunto á la cual tocó en suerte ser cola material del texto. Tal acabar siempre es malo, porque no acaba. Séase de Anatomía el libro ó de Derecho, de Patología ó de Estética, no es esa costumbre mala por descortés, sino descortés por mala. Libros acabados en hilachas de particulares, y autores despedidos «á la francesa», dejan en el ánimo del lector un cierto vacío que ningun paso supletorio llena, y más aún si el libro es de doctrina y lleva acentuada y novadora tendencia. Y es que no basta un Prólogo, ó Prefacio, ó Proemio, ó Introduccion, ó lo que se fuere, para cerrar circuito intelectual entre el Autor de una obra y su leyente: cosas hay para dichas antes de una determinada lectura, porque encaminan, y cosas para dichas despues, porque sólo despues hallan aderezado el ánimo para que en él germinen, arraiguen y aprovechen.

Aunque muy pocos son los escritores que aciertan

á cerrar el contenido de su libro con una recapitulacion ó conclusion ó cualquiera otra forma de broche epilógico, á éstos, aunque sean los menos, me atengo, por parecerme su conducta la más razonable.

Voy, pues, á permitirme dirigir á quien hubiere soportado la lectura de este libro hasta su término—ya que sólo un tan virtuoso lector se lo merece—ciertas reflexiones relativas á él mismo unas, al libro otras, algunas á la doctrina expuesta, y las restantes al juicio que de mí, por sólo esta obra, hubiere quizás formado.

Para el término final dejo la referencia al lector, como lugar de respeto y ocasion de despedida.

I. *Del libro* debo advertir que,—bueno ó malo—con ser la empresa de mi vida, no es de extrañar que haya yo andado tardío en componerle y tardo en editarle. En lo de tardío, declaro haberlo sido mucho más de lo que parece. Mis propósitos de intentar la elevacion de la Medicina á un formal sistema de científico pensar, los concebí de estudiante de Patología general, á la edad de diez y siete años (1848), asombrado de ver qué de cosas, tan fútiles unas, tan erradas otras, se me inculcaban é imponían como verdades de ciencia y como garantía, ya que no de curar al prójimo, al menos de no matarle. Si desencantado del cielo de los principios, bajaba la vista al suelo de la experiencia biológica, en busca de una base estable, no hallaba mi espíritu, afanoso de verdad, más que una Anatomía descriptiva ya decrepita; una Histología naciente, sin legítimos títulos á nuevas esperanzas; una Fisiología experimental que, en manos de Magendie, Longet y otros de menor cuenta, mudaba de parecer cada

semana, como aun hoy muda, sobre las más graves cosas; una tradicion hipocrática muy decantada en lo errado, pero desconocida en lo perpétuamente cierto y bueno, y, al lado de unas especialidades, por entonces nacientes, que parecían, cuando no eran, reprobables industrias, un sistema novísimo llamado Homeopatía, por horas creciente en prestigio público, para justo castigo de las demasías médicas de dos mil años, y cuyo verdadero secreto—que no es para dicho, caso de adivinado—tuvo Hahnemann la virtud de llevar consigo al sepulcro, pues sólo al mismo Dios, según presumo, podía descansadamente confiarlo.

Poco son diez y siete años, aunque asistidos de honradez intelectual y energía de carácter valen por mucho, ante la clara vision de ese cuadro de errores tradicionales y la consiguiente perspectiva de un progreso de oropes y ráfagas, mudables como aurora boreal, fugaces como relámpagos. Mi espíritu, que no había perdido el tiempo durante el bachillerato de Filosofía, necesitaba y buscaba luz solar, fija, perenne, creído de que, en todo humano asunto, por embrollado que sea, puede penetrar la vivificante luz de la razon, aunque sea quebrándose de rama en rama y perdiéndose una buena parte contra el follaje, como ocurre con la del luminar del dia en lucha con la espesura de fragosa y enmarañada selva.

Y así, temerario por natural condicion y esperanzado por jóven, dime á estudiar de manera que, sin perjuicio de no llegar siempre, por flacos de la edad, á lo sobrado, sobrepujara en mi mente lo meditado á lo leído.

Ver, inquirir, leer, reflexionar y callar, he aquí el

pentágono en que encerré desde entonces el programa de mi vida en lo que á Medicina atañe, compensándome de tal reclusion las excursiones orales ó escritas de carácter enciclopédico que, á título de contribuciones á la cultura nacional, constan de mí por esos mundos. Una sola interrupcion hube de permitirme por los años de 1859-60 (?), con motivo de habersele ocurrido á un covachuelista desocupado la creacion de una asignatura trimestral de «Ampliacion de la Terapéutica» (¡para el período de la licenciatura!!!), y que los Catedráticos del segundo curso de Anatomía clásica (Neurología y Anatomía general) pasáramos (y esto es lo más famoso) de sopeton á enseñarla.—Fuerte era para mi estado interior la tentacion: caí en ella. Todavía en 1883, al aparecer los primeros fascículos del presente libro, escribíanme distinguidos médicos, uno de Mallorca y algunos de la Península que habían sido alumnos míos de aquel cursillo, recordándome en sentidas cartas el hecho, y celebrando la identidad de fondo entre aquel mi repentino ensayo y el contexto de éste; que ensayo es tambien, por más que para mis fuerzas sea obra definitiva.

De fijo, amigo lector, que, vistos los orígenes de mi intento y la trascendencia de su contenido, hallas natural lo tardío que anduve en realizarlo. Y aun así y todo, cree que hubiera tardado más, si no recordase la fábula ó apólogo del hombre aquel que se murió de frio, aguardando la última moda de hechuras para dárselas al paño en pieza que arrollado debajo del brazo llevaba. Entiende, pues, que de este libro, como de toda obra de algun empeño, soy el primero en reconocer y declarar que no pasa de bosquejo.

En lo de haber sido tardo, ¿qué te diré? Notorio es en Madrid que comencé á escribir y editar esta obra sintiéndome, y justamente por sentirme, muy enfermo; tanto, que entre quinto y sexto fascículo creyeron muchos, y era natural creer, que me moría. Así salió algun descuido material, como el de dos principios perpetuos numerados con el número XVIII, y el de paginacion comun de los tomos I y II, debidos á mi porfía en trabajar en cama, necesitando como necesitaba el tiempo para hacer cara á la muerte. Todo esto, por ser notorio, evítame prolijas explicaciones de lo ulterior, acerca de lo cual sólo diré, que pues á nadie gusta pasar años con su principal empeño á medio realizar y un caudal amortizado de añadidura, muy poderosos habrán sido los motivos de mi retardo, y que, en cuanto al público, no habiéndome comprometido con él por fechas, ni cobrádole anticipos, ni solicitado su voluntad con anuncios, he obrado sin faltar á ninguna consideracion divina ni humana y muy en beneficio, créelo, de la buena sazon del libro.

II. *De la doctrina* presumo que, llegado al término de su exposicion, reconocerás—séate ó no aceptable—haberse cumplido fielmente en ella lo que al principio prometí. Cuanto á la contribucion matemática, de ella dije que su expresion y desenvolvimiento serian sencillos, simbólicos, destinados, más que á punto de partida actual de temerarios cálculos, á régimen disciplinario del espíritu, para librarle de error y descubrir interesantes verdades. Todo esto que dije al principio, resulta verdadero y cumplido al fin. Huelgan, por tanto, aquellos presentimientos que la irreflexion suscitó á muchos, tanto en 1878, al salir á luz

mi *Plan de reforma de la Patología general y su Clínica*, cuanto en 1883-84, al aparecer los seis primeros fascículos de este «Curso». Sobre la trascendencia de mi ecuacion de la vida y sus posibles desarrollos en lo porvenir, allá para cuando la juventud se críe en disposicion de entenderlos y aprovecharlos, andan los hombres de la especialidad muy divididos, con lo cual me dejan más satisfecho y animado que si estuvieran conformes, pues sobre tener en mi favor y con verdadero entusiasmo á los matemáticos pensadores, cábeme la dicha de tener en contra á los calculistas automáticos. El parecer de éstos me refuerza el de aquéllos.

Por lo que dice á los principios que en la Nosología dejo sentados con el calificativo de *perpétuos*, perpétuos quedan por universales, y por universales se hallan bien avenidos unos con otros, segun habrás colegido de la frecuencia y complejidad de citas que da vida y solidaridad á todos los particulares de mi doctrina. Merced á esta universalidad y perpetuidad de principios ha podido darse, por vez primera en la Historia, el caso de que tomen forma y vida, organizándose bajo el influjo del Análisis racional, los hechos experimentales de todo tiempo, los cuales nada dicen de fijo y útil al espíritu mientras andan dispersos.

Respecto á la contribucion empírica ó de hechos que por el individualismo apporto á la Medicina, ya habrás echado de ver, lector, que es más cuantioso y, sobre todo, más nuevo y útil de lo que á primera vista parece. Desde la publicacion en 1868 de mi *Discurso de la naturaleza y origen del hombre*, no he cesado de perseguir aquella empresa de la ANTROPOLOGÍA IN-

TEGRAL que entonces inicié, y en cuya persecucion voy solo; y á fuerza de años, estudio y reflexion he podido hoy animar la nueva doctrina médica con el elemento psicológico empírico, intuitivo propiamente dicho, sin el cual los fenómenos psico-físicos, que componen la mitad por lo menos del asunto médico, ni tenían punto de vista teórico, ni rendían utilidad clínica.

Otro orden de contribuciones empíricas es de creer habrás echado de ver, y es la que se refiere á la observacion y experimentacion fisiológicas integrales. Esta clase de hechos no podía la Medicina recogerlos y estimarlos mientras se desconocía, y ni siquiera por instinto se aplicaba, el *Método de reintegracion mental inmediata de todo análisis material* por mí propuesto y empleado, y que el sapientísimo Stuart Mill, por ceguedad positivista, ni siquiera llegó á entrever, como urgencia de los tiempos, como único adecuado á la ciencia de la vida. Merced á este método, que ya me había prestado inestimables servicios en mis años de profesion anatómica, he podido, segun has visto, llevar á la Medicina del hombre lo que de humano le escaseaba y de dia en dia le escasea más y más. Años há que sin sombra de exageracion puede decirse: «A la Medicina humana fáltale hombre y sóbrale rana». No era, pues, un refuerzo de ranas y conejos lo que yo había de aportar para remedio á los males del dia; eran observaciones antro-po-biológicas integrales, y esto traje.

Ignoro lo que va á resultar de la aparicion de esta segunda mitad de mi obra; mucho me animaba ver que en estos años, con sólo una mitad de ella editada, y á pesar de que un libro como éste no tiene término

medio, pues *no es nada mientras no es todo*, habían sido tantos y de tan buen entendimiento los adeptos adscritos á la nueva doctrina. Ello dirá. No veo imposible obtener en vida lo que nunca, por no gustar de ilusiones en cosa grave, me atreví á esperar.

Y ahora vengamos al tercero y más delicado extremo de este Epílogo.

III. *Del juicio tuyo acerca de mí*, se trata, y aunque no me atañe el decir lo que tú piensas, voy á intentarlo, ya que no puedes, procurando con la mayor buena fe suplirte.

Reconozco que si no sabes de mí más que lo que se trasluce por el presente libro, tendrás cierto fundamento para suponer que su autor es de aquellos médicos de quienes se suele decir que han errado la carrera, por más dispuestos á ganar un pleito que á curar una enfermedad ó dirigir una enseñanza á la moderna; especie de malogrado espíritu que, mal avenido con el carácter *intuitivo* ú *objetivo* del actual instruir, se ha echado á *conservador*, por pereza de andar á vueltas con cacharros, microscopios y reactivos.

Ya ves si en mi imaginacion llevo la delantera á quien más desfavorablemente pueda juzgarme. Hasta supongo que, á ser yo más jóven, y viendo tú mis entusiasmos por la verdad, y lo errado de mi camino, exclamarías lleno de buena voluntad: «¡Qué lástima de mozo!»

Vamos en esto á cuentas claras, ciertas y cortas, pues ya que en mi vida fuí dado á solicitar aplausos por mis actos, ni encarecimientos de mi persona, justo es que, llegado este dia crítico, y cuando todavía viven esparcidos por las cinco partes del mundo miles de

discípulos míos muy queridos, que fueron testigos de lo que voy á decir, consigne los hechos más indispensables para que sea acertado el juicio que del autor de este libro se formen las actuales generaciones; consignacion tanto más necesaria cuanto que, cambiado de residencia á la edad de cincuenta años, y si bien nunca mereceré las distinciones de que por mil conceptos soy objeto, no puede rodearme y asistirme hoy aquella atmósfera tradicional que por sí sola constituye, para cada individuo, su biografía auténtica y viviente.

Pues bien; conste que los primeros profesores que en Europa dieron realidad intuitiva á la enseñanza anatómica de cátedra fuimos el inolvidable Dr. Fourquet (q. e. p. d.), Catedrático de Madrid, y el autor de este libro, en sus funciones de primer ayudante de trabajos anatómicos de Barcelona y sustituto permanente de la cátedra de Anatomía que á la sazón estuvo tres años vacante, por pase del Dr. D. José Seco Baldor á esta corte (1854-57). La Osteología la enseñábamos repartiendo ejemplares de huesos á los alumnos, y para lo restante teníamos junto al cadáver (que en cátedra, durante la explicacion, siempre resultará objeto inútil) un encerado, que llenábamos de esquemas polierómicos. Al conocernos en 1857, juez él de mis oposiciones á la propiedad de dicha cátedra, estrechamos una amistad entusiasta é indisoluble. Ignoro cómo era juzgado su método en el claústro de aquí; de mí sé decir que algunos profesores de mi escuela me tenían por tocado del cacúmen, ó el que más benévolo, por extravagante. Cuánta diligencia y temeridad hube de invertir para crear y mantener *en tan propicia atmósfera* las

aquello mismo que en lo más arduo contribuí á resolver y propagar mucho antes que él fuera concebido.

Y para que se vea á dónde llega la superficialidad de los neo-empíricos en el discurrir acerca de estas cosas, y lo que es aún más grave, la ligereza de algunos Ministros de muy buen seso, pero verdes aún para Ministros, al permitirse en pleno Parlamento, sin reserva alguna, y por sólo acallar clamores á la moda de algún irreflexivo representante en Cortes, condenar toda enseñanza teórica, calificándola poco menos que de charla inútil, declaro lo que de pronto, lector, te parecerá incomprensible; declaro que *he compuesto este libro, tal y como es, por amor y para fomento de la enseñanza médica intuitiva.*

Ahora, hayas ó no penetrado lo que he dicho, te lo voy á demostrar más claro que la claridad misma.

Que la Medicina ó es curandería ó ciencia, no admite término medio.

Que no hay ciencia sin teoría, no se puede racionalmente discutir.

¿Dónde se enseña hoy esa teoría? Desgraciadamente en todas las cátedras. ¿Encuentras, amigo lector, esto conforme? ¿Lo encuentras *objetivo*? ¿Lo encuentras *económico* de tiempo? ¿Lo encuentras *edificante*? ¿Te satisface ver que un día, por una novedad histológica ó bio-química ú otra, se crean obligados y se sientan impelidos á exponer doctrina de ello el Profesor de Anatomía, y el de Fisiología, y el de Patología, y el de Higiene, y el de Terapéutica, y el de Afectos internos, y el de Afectos externos, y el de Partos y todo, así hasta la fin del claustro, robando cada maestro á la objetividad de su enseñanza un tiempo que, multi-

plicado por un *mínimum* de veinte cátedras, arroja diez y nueve meses perdidos en impertinencias? ¿No has leído que esto ha pasado en todos tiempos y en las cinco partes del mundo, y no ves que pasa en los tuyos y en todas las escuelas y libros de Medicina? ¿No has visto, cuando brilló Wirchow, convertirse todas las asignaturas en «Patología celular», y cuando Cohnheim en «Teoría flogística», etc., etc.?

Pues, hé aquí demostrado que, si ha de haber enseñanza teórica médica, y en alguna parte ha de estar, y es lo más pernicioso que esté en todas, no hay más solución al problema que la designación de la cátedra de Patología general para escuela, única en principio, de formación y educación del espíritu médico y de prueba terminante de la capacidad intelectual de los aspirantes á tan árdua carrera.

Hecho lo cual, ningun profesor tiene ya necesidad de perder tiempo, ni en Patologías generales quirúrgicas, ni en Patologías generales médicas, ni en conatos filosóficos de introducción á esta asignatura ó la otra ó la de más allá, ni en contribuciones generales de doctrina surgidas del movimiento experimental de la ciencia pura. Nada de eso; cada Facultad puede tener en su *catedrático* de Patología y Clínica generales su gran pedagogo para la educación intelectual, en lo que tienen de perpétuo la Ciencia y el Arte.

Así, y sólo así, en llegando el alumno, v. gr., al profesor de Afectos internos, podrá éste empezar desde luego con esta sencillez intuitiva:—«¿Ve V. esto, jóven? Pues esto es una fiebre tifoidea, y ahora va V. conmigo á ver cómo se la reconoce, cómo se con-

duce y cómo se la trata, á fin de que en otra ocasion sea V. quien me la descubra y certifique, y bajo mi vigilancia la cure».

Ya ves, pues, amigo lector, cuán clara y expedita es la demostracion que te he ofrecido. Precisamente mi sueño dorado consiste en que todas las Facultades de Medicina, asegurada la enseñanza teórica rigurosa (aunque sea por eleccion del claustro, tanto mejor), asegurada la educacion intelectual médica, por obra de una buena Patología general, logren que cada alumno tenga para su personal instruccion, en la escuela, su mesa-laboratorio politécnico, y en la clínica, su enfermo, á fin de que los profesores todos, incluso el de Patología general, en cuanto jefe de su propia Clínica, puedan dar satisfaccion á sus deseos, cada dia más generales y vehementes, de dar á la enseñanza toda la amplitud práctica, experimental, que la índole de nuestra profesion reclama. A satisfacer esta vital necesidad se dirigen hoy por hoy mis esfuerzos, ya que el cargo con que me honro me presta fuerza moral para ello, y tan á pechos lo he tomado, que de su logro depende—y en letras de estampa lo afirmo—el que yo conserve ó renuncie el honor de dirigir y representar la primera Escuela médica de España.

Mas, para que esto ofrezca garantías, no es suficiente lo que hasta ahora se ha aceptado como *Patología general*. Esta ha de ser lo que este libro es: un tratado de «*Principios de Medicina*».

Por que así resultara he tomado toda suerte de precauciones, fundadas en este capital razonamiento:

Las profesiones físicas tienen su teoría general en la ciencia matemática. Ella sola basta para todas las

demás; ella las acompaña hasta el taller de los más elementales productos.

Las profesiones psíquicas tienen su teoría general en la ciencia metafísica. Ella sola basta para todas las demás; ella las acompaña hasta el más rutinario detalle de una minuta de pedimento.

En cuanto á la Medicina, colocada como está en el centro de lo cognoscible, ocupada en el compuesto humano, si sólo admite una de las dos anteriores teorías, yerra; si no admite ninguna, sucumbe; sólo admitiendo el concurso armónico de entrambas puede respirar hoy y aspirar á un porvenir brillante.

IV. *¿Te he de decir, lector, ahora, á tí que te has leído todo este libro, del cual yo no puedo juzgar precisamente por ser mio, si mi esfuerzo ha logrado resolver el claro y trascendental empeño objeto de vida? Mejor será que te contestes tú mismo y, caso afirmativo, créeme, reléelo y asegúrate de ello. Y si por mi dicha prohijares la doctrina individualista, y además fueres jóven y ganoso de trabajar y lucir, repara que pocas doctrinas hallarás — te fío que ninguna — de donde broten tantos retoños cuyo cultivo valga la pena de que en él emplee su vida entera un hombre de ciencia. La revision experimental de todos los hechos dudosos, ó erradamente interpretados, que son los más; el desarrollo de los gérmenes nuevos, creados por la cognicion unitaria de la *psyche* y su agregado atómico, constituyendo la Biomeria humana; las nuevas, anchurosas é interminables vías que el Principio XII abre á la Anatomía del porvenir, por la combinacion y mútuo refuerzo del Unitarismo fisiológico y la creacion de la Bio-química, y otros cien temas de*

este tenor que de la virtual apretura del texto surgen, brindando galardón al trabajo, constituyen un legítimo estímulo, máxime hoy que la originalidad anda tan por los cielos, y el estado de las ideas tan por los suelos.

A quien dudare de que es forzoso abrir nuevo camino, que lea el lamentable proceso mútuo que se acaban de instruir, en juicio escrito y público, los especialistas curadores de Federico III *el Maltratado*. No se dirá que juzgo *a posteriori*: ya *a priori* juzgué. Más de cuatro meses antes de su muerte, en 5 de Febrero de 1888, un numeroso auditorio reunido en el salón de actos públicos de la Real Academia de Medicina de esta córte, recibía con un siniestro murmullo de conformidad la lectura del siguiente párrafo de mi antecitado discurso de ingreso: «¡Ah! Si todos los casos clínicos extranjeros recayeran en príncipes, ¡cuántos especialistas, que hoy parecen imponentes eminencias, resultarían peligrosas oquedades!» Por desgracia, los hechos ulteriores han venido á hacer buena mi transparente profecía. El resultado auténtico del proceso que á espaldas del egregio muerto, pero á la faz de los vivos, se han instruido los honorables miembros de ese protomedicato europeo, es que cada uno acusa á los demás de ignorancia, mala fe y barbarie.

A tales resultados conduce el empirismo escueto; la *division del trabajo médico con abominacion de los principios, abstraccion de todo sentimiento y negacion de la humana individualidad*.

Han llegado los médicos del Norte á dividirse el trabajo como no se atreverían á dividirse el suyo una brigada de humildes picapedreros, sin arquitecto

ni planos. Que esto así no puede continuar, pareceme evidente.

O se atienden los desinteresados consejos de la sana doctrina unitaria, ó la necesidad histórica nos deparará otro Hahnemann más espícito y desastroso que el primero.

Toda la fuerza de la doctrina individualista nace de ser una restauracion virtual del hipocratismo, con los intereses acumulados del progreso de dos milenios. En esto está su fuerza, en esto su porvenir, en esto se distinguirá siempre de la empresa de los Sydenham, los Sthal, los Sauvages, encaminada á la resurreccion material del hipocratismo.

Lo que una vez fué, nunca resucita, por bueno que haya sido. Lo que de lo bueno retorna, porque nunca perece, es el espíritu. A cada época de anarquía médica las gentes han recibido como consuelo una reaccion hipocrática, porque el sentido médico vulgar es hipocrático.

Pero asimismo esas restauraciones han durado poco, porque el sentido práctico vulgar es progresivo, y no le satisfacen meras resurrecciones.

Sólo la nueva doctrina, por constituir una restauracion virtual, una transformacion científica y una anexion de todo lo progresado, con virtud propia para progresar más y más, puede tener condiciones de perpetuidad entre las gentes, porque satisface del vulgo *su sentido hipocrático y su tendencia progresiva*.

De hoy más, por tanto, ó *científicos humanitarios*, ó *industriales inclementes*; ó INDIVIDUALISTAS ó EMPÍRICOS. Dividamos el trabajo, sí, porque es de rigurosa necesidad dividirlo; mas sea á condicion de no olvidar

ni un solo instante el lema de la realidad, el lema unitario, el lema que nos recuerda la condición esencial de todo individuo:

«MULTIPLEX QUIA VIVUS: VIVUS QUIA UNUS».

VALE

ÍNDICE DEL TOMO TERCERO

Páginas

- 5 SECCION TERCERA.—NOSOGNOMÍA.—Patología integral ó del natural conjunto.—Definicion.—Análisis.
- Ibid.* Nocion científica definitiva.—Carácter transitivo.—Contenido.—I. Ordenamiento de todas las enfermedades.—II. Interpretacion de cada enfermedad.—III. Calificacion y cura de una enfermedad.—Determinacion del contenido.
- 8 *Sintaxeología*.—Definicion.—*Division de las enfermedades*.—Dicotomías.—Definiciones y ejemplos sobre: α) Origen;— β) Extension;— γ) Comprension;— δ) Curso;— ε) Sitio;— ζ) Constitucion;— η) Tipo;— θ) Expresion;— ι) Estacion;— κ) Número (de atacados);— λ) Relacion;— μ) Indole;— ν) Trascendencia;—y ξ) Terminacion.
- 20 *Clasificacion* de las enfermedades.—I. Juicio crítico.—*A*) Sistema alfabético;—*B*) Sist. sinóptico;—*C*) Sist. etiológico;—*D*) Sist. sintomático;—*E*) Sist. anatómico;—*F*) Sistema anatómico-fisiológico;—*G*) Sist. organopático.—II. Criterio para una clasificacion natural de las enfermedades: 1) Naturaleza de las series;—2) Monopsis y polyopsis;—3) Triopsis nosográfica;—4) Ventajas;—5) Aplicacion;—6) Tendencia trióptica de los clínicos;—7) Abreviaciones y abusos.
- 29 *Semeiótica*.—Definicion y etimología.—*Teoría de los síntomas*.—*A*. Del síntoma como *accidente*, p. 30.—*B*. De los síntomas como *coincidencias*, p. 40.—*C*. De los síntomas como *signos*, p. 45.—Aplicacion, p. 48.—Elision y sustitucion de síntomas, p. 51.—*A*. Elision, *ib.*—*B*. Sustitucion, p. 53.—Conclusion, p. 54.—Division de los síntomas, página 55.—Clasificacion de los síntomas, p. 56.
- 60 GLOSARIO *etimológico-explicativo* de las voces técnicas empleadas para designar los principales fenómenos aceptados tradicional y actualmente como síntomas, etc.
- 155 Registro del Glosario.
- 160 III.—*Gnóstica*.—Definicion.—I. Conocimiento, Prevision é Indicacion.—*Diagnosis*.—*Prognosis*.—*Indicacion*.—Solidarismo gnóstico.—Filiacion gnóstica.—Prognosis clíni-

- ca.—Inestabilidad diagnóstica.—Síntesis metafórica de Gerdy.—Carácter del diagnóstico hipocrático.—Datos patognomónicos.—Division perpétua.—Salvedad histórica.—Aspectos del diagnóstico.—Procedimientos diagnósticos.—Limitaciones racionales.—Contenido del pronóstico clínico.—Grados del contenido pronóstico.—Grados de certeza pronóstica.—Comunidad del contenido.—Orígenes gnósticos.—Valor de los signos.—Razonamiento é inspiracion.—Incontabilidad de los signos.—Origen del aforismo.
- 174 *Aforismatología*.—I. Etimología é Historia.—Condiciones del buen aforismo.—*a*) Condiciones materiales.—*b*) Condiciones formales.—*c*) Condiciones eventuales.
- 180 Ejemplos.—I. Aforismos del Dr. Bouchut.—II. Aforismos del autor.—(Ginecológicos).—(Profesionales).—(Pediátricos).
- 191 *Teleutognosis*, ó concepto del contenido final prognóstico.
- 193 Teoría comun de la Convalescencia y la Agonía.—*A*. Concepto puro.—Resumen.—Aplicacion.—Casos paralelos.—Conclusiones.—Concepto clínico.—I. Coeficientes prácticos de la Convalescencia.—Sinopsis clínica de la Convalescencia.
- 203 II. Coeficientes prácticos de la Agonía.—Integracion.—Sinopsis clínica de la Agonía.
- 205 Division de la Teleutognosis (Restablecimiento y muerte).—Subdivisiones.
- 206 I. *Analepseología*.—Tiempo 1.º: *Eucrisis*.—Tiempo 2.º: *Convalescencia*.—Tiempo 3.º: *Metacrisis*.—Tiempo 4.º: *Revallescencia*.
- 210 II. *Thanatología*.—Tiempo 1.º: *Agonía*.—Tiempo 2.º: *Resolucion*.—Tiempo 3.º: *Metagonía*.—Tiempo 4.º: *Restitucion*.
- 227 Terminacion de los estudios de Patología general.—I. Teoría psicológica del *Momento clínico* ó tránsito desde el diagnóstico á la indicacion terapéutica (Primera rama terminal).—Condiciones del *Momento clínico*.
- 233 II. Criterio de introduccion á las especialidades médicas (Segunda rama terminal).—*A*. Razon de existencia de las especialidades.—§ 1. Criterio histórico.—Novedad de las actuales.—2. Criterio filosófico.—*B*. Criterio constituyente.—*A*. Condiciones orgánicas.—*B*. Condiciones materiales.—1. Criterio nosológico.—2. Criterio terapéutico.—3. Criterio anatómico.—*C*. Formas finales.
- 248 EPÍLOGO.

